

### **La Valiosa Palabra Trabaja en Nosotros**

Hay diferentes versiones de un viejo chiste, dependiendo de la denominación, pero la versión católica nos habla de un hombre cuyo negocio de muchos años iba en continua decadencia, al punto de que estaba bebiendo demasiado e incluso estaba el suicidio. Va pues a visitar al sacerdote de su parroquia a descargar sus problemas y buscando consejo. El sacerdote le recomienda, “Ve a casa, toma tu Biblia, recorre sus páginas con los ojos cerrados hasta que quede abierta en una página en particular; entonces coloca tu dedo en la página y abre tus ojos; lee esas palabras y haz lo que te digan.” El hombre hace lo que le dice el sacerdote. Tres meses después llega a la oficina de la parroquia en un auto de lujo, vistiendo un costoso traje y un radiante reloj. Le entrega al sacerdote un sobre lleno de dinero y le dice que quiere hacer un donativo a la parroquia en agradecimiento al consejo del sacerdote. El sacerdote satisfecho le pregunta cuáles fueron las palabras que leyó en la Biblia que le guiaron a ese nivel de fortuna. El hombre le contesta “Capítulo 11.” (En referencia al capítulo 11 de la ley de bancarrota.)

Entendemos el chiste porque sabemos que así no funcionan las cosas: ni jugar a la ruleta rusa con la Biblia, ni el entrar en juicio de bancarrota son formas de lograr prosperidad material ni nos proporcionan las riquezas espirituales que nos da Dios al revelarnos su Verbo, Jesucristo. Nuestra relación con las Escrituras no puede ser un asunto de “excepción” al azar. Si vamos a encontrarnos con el Dios vivo quien quiere convivir con nosotros en todos los aspectos de nuestras vidas, entonces el vivir genuinamente una relación con la palabra de Dios en la Escritura no es una opción; es una necesidad vital, tanto como lo son el aire, la comida y el agua para poder vivir. La palabra de Dios nos salva.

Dios quiere revelarnos no solamente quién es, sino quiénes somos ante su mirada. El excelente consejero del Padre, el Espíritu Santo, quiere ayudarnos a interpretar nuestras vidas a la luz del misterio de la vida, muerte y resurrección de su Hijo. Dios nos asegura que, si lo encontramos en su palabra inspirada, encontraremos significado, compañía, compasión y motivación frente a las demandas diarias que distraen fácilmente nuestro enfoque espiritual y desgastan nuestra esperanza. Las Escrituras deben ser esa batería de una vida espiritual que nunca se desgasta, energizando nuestros corazones para que no entremos en hibernación como discípulos o para que no dejemos de lado nuestra misión de comunicar a un mundo fatigado y frecuentemente falto de fe, que Jesús es el Señor.

Poco después de que fui nombrado obispo en el 2019, el Papa Francisco anunció que todos los futuros Terceros Domingos del Tiempo Ordinario serían marcados para los católicos como el “Domingo de la Palabra de Dios.” Semejante a la respuesta que los padres responden a sus hijos que les preguntan por qué tenemos Día de la Madre y Día del Padre, pero no un día para los hijos: “Todos los días son días de los hijos,” puede haber quienes se pregunten, “¿Acaso no proclamamos la palabra cada domingo – de hecho, todos los días – en la Misa? ¿Qué tiene de especial un domingo a fines de enero, cuando ha terminado la celebración de la Temporada Navideña y en que se aproximan los rigores de la Cuaresma en las próximas semanas?”

El Santo Padre nos llama a poner un énfasis especial en el papel que tiene la palabra de Dios en la vida de la fe, en comunidad y como parte del diálogo íntimo entre Dios y cada persona. Volvemos a sentir nuevamente cómo el Jesús Resucitado mismo “abre para nosotros el tesoro de su palabra y nos habilita para proclamar su profunda riqueza ante el mundo.” Nuestra creencia en la palabra inspirada por Dios debe fortalecer nuestros lazos con el pueblo judío y se acomoda de gran forma con nuestra celebración de la Semana por la Unidad Cristiana y la Fiesta

de la Conversión de San Pablo. Las cartas de San Pablo son la sustancia de nuestra convicción compartida con todos nuestros hermanos cristianos de que hay una fe, un Señor, un bautismo, un Dios y Padre para todos nosotros. El Papa Francisco nos recuerda, “la Biblia es el libro del pueblo del Señor, quien, al escucharla, avanza de la dispersión y la división hacia la unidad. La palabra de Dios une a los creyentes y los convierte en un solo pueblo.”

Sabemos de las tensiones que existen entre nosotros, inclusive dentro de la comunidad católica (protocolos de la pandemia, una menor convicción de que Jesús está presente sacramentalmente en la Eucaristía, inconsistencia en creencia Eucarística y creencias políticas, sensibilidades litúrgicas que pueden estar o no relacionados con acción profética enfocada en la justicia social e inclusión de distintos miembros dentro del Cuerpo de Cristo).

La Palabra de Dios, que es Jesús, sigue tocando a la puerta de nuestros corazones, para convertirnos y reclutarnos en su actividad salvadora, pero solamente si estamos dispuestos a sentarnos a sus pies, a retirarnos diariamente, aunque sea por solamente unos momentos, a saborear la presencia mutua, y permitiendo la combinación de los sabores dulces y amargos de su palabra para sazonar nuestros sentidos de cómo debemos compartarnos a nosotros mismos con los demás, incluso al enfrentar nuestras propias circunstancias que nos son difíciles o que nos incomodan.

El ya fallecido monje trapista Thomas Merton hablaba sobre la apreciación que podemos cultivar a través de una reflexión diaria de las lecturas de la Misa ya sea de forma impresa, o con las plataformas electrónicas o rezando los salmos conectados con la Liturgia de las Horas (disponibles en varias aplicaciones), o enriqueciéndonos como muchos lo hacen al seguir la presentación diaria del Padre Mike Schmitz en YouTube explorando “La Biblia en Un Año.” Merton menciona el reconocimiento inspirado de que “en donde estés, es donde perteneces, y se

acabó,” como la única plataforma para un verdadero crecimiento espiritual. “La palabra de Dios verifica nuestras fantasías de ‘si solamente’ o la ficción de ‘que sería’, pero al contrario nos llama a la realidad de ‘este soy yo, aquí es donde estoy, ahí es donde se me ofrece la oportunidad de estar y de comenzar el resto de mi vida’” (Northumbria Community citado por Diarmuid Rooney).

Quedé nuevamente sorprendido durante nuestro retiro anual de los obispos del medio oeste en un monasterio benedictino, de cómo la combinación de cantos de los salmos y la recitación de algunos versos de la Escrituras nos asegura que la palabra de Dios sea como una flecha que atraviesa nuestros corazones y que graba la comunicación viva de Dios en mi alma. Para mí, como para muchos de nuestros sacerdotes, cada día en casa es como un pequeño retiro en mi Hora Santa que paso ante el Santísimo Sacramento meditando sobre la Escritura y permaneciendo en silencio. Se me recordó nuevamente al hacer una lectura adicional del Papa Emérito Benedicto XVI de simplemente leer las lecturas y detenerse para pensar en ellas activamente. Le permito al Espíritu trabajar en mi corazón, en mi subconsciente, un proceso interior en cuya revelación debo confiar para que las palabras de Dios se conviertan eventualmente en palabras para *mí*, lo que es un paso esencial si mis palabras van a convertirse en palabras *para otros*.

Podemos tener solamente algunos segundos o minutos en la mañana en vez de una hora completa. No toma mucho tiempo para este encuentro silencioso con el Verbo para que se convierta en una relación duradera, que se transmita a la forma en que escuchamos y respondemos a los demás. No estamos solos en vivir la experiencia de San Pablo en el camino a Damasco. Nos encontramos con todo lo que es bueno y verdadero en la vida para fortalecernos, pero la gracia adicional que el Maestro Divino nos concede nos permite combinar la sabiduría y

la verdad de la ley y de los profetas con sus propias palabras de una nueva forma que nos permite interpretar nuestras situaciones bajo la luz del Espíritu. Podemos conversar con todas las personas de una manera que promueva la conexión, no la división, por que él es la Palabra Valiosa que trabaja por medio de nosotros.

En el Domingo de la Palabra de Dios, en la conclusión de la Semana por la Unidad Cristiana, mi oración es que nos enfoquemos en San Pablo cuando éste se despidió de los presbíteros de Efesio en Mileto, confiándoles “a Dios y a la palabra de su gracia” previniéndoles en contra de las divisiones (Hechos 20:32). No estamos en bancarrota, pero sí estamos abundantemente bendecidos como el sentido de unidad con que la palabra de Dios riega la unidad de la Iglesia y de nuestro amor de los unos con los otros. Nuestro amor por la palabra de Dios será la única cámara de un corazón que ama a nuestro Señor Eucarístico. Nuestra fe personal proyecta una atracción magnética cuando la gente siente que la Iglesia tiene lugar para todos, y que estar juntos, en nuestra comunión misma es la riqueza que Dios tiene preparada.